

CAPÍTULO IX.

Uno de los ladrones volvió sobre sus pasos. Permaneceré allá á todo evento. No se atreverá á hacer nada contra mí tan cerca de la casa, y es inútil llamar antes de que ponga manos á la obra.

JONSON Y FLETCHER. — *La Viuda.*

EXTRANJERO? — repitió el juez. — Si es para algún asunto...

Puso fin á la prevención el forastero en persona.

— El asunto que me trae es bastante grave y de un carácter particular; — dijo M. Campbell (pues era él el franco escocés que había visto en Northallerton) — por lo cual, ruego á Vuestro Honor le dispense prontâ y seria atención. Creo, señor Morris, — prosiguió envolviendo á éste en una mirada dura y casi amenazadora, — creo que me reconocéis, ¿verdad? ¿y que no se os habrá borrado de la memoria lo que pasó en la carretera cuando nuestro último encuentro?

La cara de Morris se alargó; rechinaron sus dientes, volvióse pálido como el papel y presentó todos los síntomas de un estúpido azoramiento.

— ¡Qué diablo! ¡Un poco más de sangre fría! — continuó el escocés. — ¡No hagáis chasquetear las mandíbulas como un par de castañuelas! Decid al señor juez que somos conocidos antiguos: supongo que nada se opone á ello; y añadid que me conceptuáis sugeto conforme y hombre de honor. Debéis pasar algún tiempo en mi país, y, á mi vez, me será posible, como lo deseo, seros útil.

— Caballero, ... caballero, — contestó Morris, — os creo hombre de honor y, como decís vos, sugeto conforme. Sí, señor Inglewood; — añadió alzando la voz, — es la pura verdad: estoy convencido de ello.

— Y ¿qué tenemos de comun todos juntos? — preguntó el juez con cierto buen humor. — Un visitante trae á otro, de igual modo que se encadenan los versos en la canción de *La Casa de Jaime*, y yo estoy aquí sin momento de descanso ni de conversación amena.

— Pronto gozaréis de uno y otra, caballero, — replicó Campbell. — Vengo á quitaros un peso del alma y nó á añadir á él.

— ¡Pardiéz! Bienvenido seáis, en tal caso, como no lo haya sido otro escocés en Inglaterra: lo que no es poco decir. Hablad, amigo mio: ya os escucho.

— Ese caballero os habrá dicho que estuvo en compañía de un tal Campbell, cuando tuvo la desgracia de perder su maleta.

— No ha apuntado de ello maldita la palabra.

— ¡Ah, ah! Comprendo. El señor Morris ha temido, en su declaración, comprometer á un extranjero ante la justicia del país. Pero, como sé que mi testimonio es necesario para la justificación del hidalgo aquí presente, el señor Francis Osbaldistone, muy injustamente calificado de sospechoso, perdono la aludida precaución. Hé aquí, pues, — añadió dirigiéndose á Morris en imperioso tono, — lo que el señor juez debe oír de vuestros labios: que hemos andado muchas leguas juntos porque me instasteis vivamente á hacerlo, pero que, llegada la noche, en Northallerton, rehusé, á pesar de vuestras reiteradas súplicas, seguiros en adelante. Sólo más tardé, cuando volvisteis á hallarme en camino, renuncié á mi proyecto de pasar

á Rothbury, consintiendo, por desgracia mía, en acompañaros.

— ¡Todo ello es tristemente exacto! — suspiró Morris.

Y, bajando la cabeza, confirmó la exactitud de los extensos y precisos detalles que Campbell, en cierto modo, acababa de dictarle y cuyo contexto pareció aprobar con lamentable docilidad.

— Finalmente, — prosiguió Campbell, — tened á bien afirmar, para satisfacción de Su Honor, que nadie mejor que yo se halla en el caso de declarar como testigo, puesto que, durante toda la peripecia, estuve con vos y cerca de vos.

— ¡Oh! ¡Nadie! — ratificó Morris suspirando dolorosamente.

— En tal caso, — dijo el juez, — ¿por qué diablo no le auxiliasteis? Según la declaración del señor Morris, los facinerosos fueron sólo dos: erais, pues, tantos para tantos, y uno y otro me parecéis bastante robustos para defenderos.

— Señor, — replicó el escocés, — yo, con perdón de Vuestro Honor, he sido toda mi vida hombre tranquilo, pacífico, enemigo de riñas y golpes. El señor Morris, según me han dicho, sirve ó ha servido en los reales ejércitos y, á querer, hubiera podido resistir, ya que, conforme se me ha dicho también, viajaba llevando consigo una gran cantidad de dinero. Así, pues, yo que sólo tenía un pequeño peculio que defender y que soy, por otra parte, hombre de costumbres pacíficas, no me empeñé en enredarme en el zipizape.

Contemplé al escocés mientras hablaba. ¡Qué desacuerdo tan singular entre la rudeza de su figura y su tono bonachón! ¡De qué modo lo enérgico de la resolución, pintado en su rostro, desmentía la placidez de las palabras! En un ángulo de sus labios dibujábase un punto de ironía: protesta desdeñosa é involuntaria contra el carácter inofensivo que aparentaba tener. Todo ello despertó en mí extrañas sospechas acerca del papel que había desempeñado en el asunto Morris, pareciéndome diferir mucho del de víctima ó de simple espectador.

Tal vez análoga desconfianza brilló en el espíritu del juez, puesto que éste dejó escapar la siguiente exclamación:

— ¡ Por vida mía , que esa es historia muy picara !

El escocés receló , probablemente , lo que preocupaba al juez , y , cambiando tono y modales y dejando á un lado las apariencias hipócritas de humildad , que tan poco le favorecian , añadió en estilo más franco y natural :

— A decir verdad , pertenezco al común de gentes discretas que no se aventuran á exponer el pellejo sin algún interés en ello : caso en que me hallé cuando el encuentro con los bribones . Y , en fin , para que Vuestra Señoría se entere de mi vida y buenas costumbres , sírvase echar los ojos sobre este papel .

M. Inglewood tomó el papel y leyó á media voz :

« Certifico , con este escrito , que el portador Roberto Campbell , de... (un lugar cuyo nombre no puedo decir ,) es hombre de buena familia y de costumbres pacíficas , que pasa á Inglaterra por asuntos personales , etc. , etc. Expedido por nuestra mano , en nuestro castillo de Inver... Invera... ry. — ARGYLE. »

— Es un breve certificado que he creído conveniente pedir al digno señor Juan Mac-Callum More ; — observó el escocés elevando la mano á su sombrero .

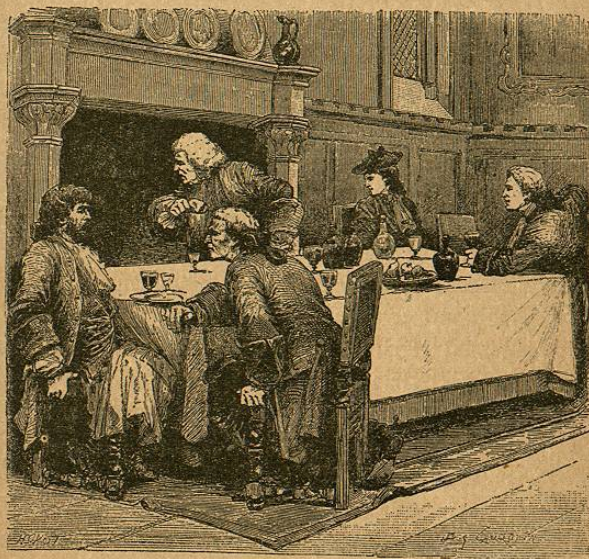
— ¿ Quién es ese Mac-Callum , caballero ?

— El que los ingleses llaman el Duque de Argyle .

— ¡ Ah , ah ! Le conozco mucho ; es personaje de alta distinción y de gran mérito , un verdadero amigo de su país . Estuve cerca de él , en 1712 , cuando desbancó al Duque de Marlborough de su mando en Escocia . ¡ Quiera el cielo que muchos nobles le tomen por modelo ! En aquella época era un honrado tory , en íntimas relaciones con el Duque de Ormond . Se ha reconciliado con nuestro gobierno , como yo mismo , para tranquilidad del país , pues me resisto á creer que tan grande hombre se haya decidido á ello , como el pretendiente de marras , por miedo de perder empleos y regimiento . Su certificado es muy satisfactorio , señor Campbell . Y ahora , ¿ qué tenéis que declarar acerca del robo ?

— En pocas palabras diré , con la venia de Vuestra Señoría , que el señor Morris podría acusar , con igual razón , á un recién nacido ó á mi mismo , que á ese joven caballero . No sólo

tengo el derecho de declarar que el individuo á quien confundió con el señor era más pequeño y gordo , sinó que casualmente entrevi su cara en un momento en que se deslizó su antifaz , y no tenía parecido alguno con el señor Osbaldistone . En este punto , — añadió volviéndose con aire de superioridad hacia Morris , — supongo que el caballero reconocerá que me hallé , mucho mejor que él , en aptitud de distinguir á los que toma-



ron parte en el negocio , puesto que supe conservar por completo mi sangre fría .

— Lo reconozco , caballero , lo reconozco en absoluto ; — dijo el otro apartándose de Campbell , que acercaba su silla á la suya para apoyar su interpelación . — Estoy pronto , señor juez , á retirar mi querrela en lo tocante al señor Osbaldistone , y os ruego le permitáis volver á sus tareas y á mi á las mías . Vuestro Honor tiene , tal vez , algo que arreglar con el señor Campbell , y yo tengo mucho afán de partir .

— Pues ¡ al diablo los papeluchos ! — exclamó el juez echan-

do al fuego el proceso. — Quedáis en completa libertad, señor Frank, y vos, señor Morris, con el alma tranquila.

— Sí, — dijo Campbell mirando á Morris que asentía, con triste gesto, á la observación del juez; — tranquilo como un sapo bajo una mata. Pero no temáis, señor Morris: vamos á salir juntos, andaréis sobre seguro (supongo que tenéis confianza en mí,) hasta la próxima carretera, donde nos despediremos; y cuando volvamos á vernos en Escocia, lo haremos como buenos amigos, si vos no me faltáis.

Descompuesto el semblante, la vista azorada como condenado á muerte á quien se acaba de anunciar que la carreta le aguarda, Morris se levantó; pero, apenas estuvo de pié, flaqueáronle las piernas.

— ¡No tengáis miedo, querido! — repitió Campbell. — Os he dado mi palabra. ¿Sabéis acaso, gallina mojada, si podremos ó no, mediante buenos consejos, pescar algunas noticias de vuestra maleta? Los caballos están preparados. Saludad al juez, y demostrad que tenéis inglés el corazón!

Así reanimado, Morris se despidió de nosotros y salió escoltado por Campbell. Mas parece ser que nuevo terror volvió á asaltarle muy luégo, porque oí al escocés reiterarle, en la antesala, sus seguridades de protección!

— ¡Por la salud de mi alma, que debéis temer lo mismo que si estuvierais en la casa paterna! ¿Es posible, voto á tal, que mozo tan apuesto no tenga más ánimo que una liebre? Vamos, andad derecho como valiente sin tacha, y... seamos amigos!

Las voces se perdieron en lontananza, y el piafar de los caballos anunciónos que los dos compañeros acababan de abandonar el castillo de Inglewood.

La alegría que gozó el digno magistrado, viendo terminado tan satisfactoriamente un asunto que le amenazaba con numerosas tribulaciones, turbóse algo ante la idea de lo que diría su escribano de semejante desenlace.

— Ahora, — dijo — tocará el turno á Jobson, que caerá sobre mí con todos sus condenados papelotes. Veo que hubiera

obrado yo con mayor cordura no destruyéndolos. Pero ¡bah! con dinero todo se arreglará. En cuanto á vos, miss Diana, aunque me haya ablandado para con los demás, siento deseo de expedir un mandato para ponerlos bajo la custodia de mamá Blakes, mi antigua ama de llaves. Después mandaremos por mi vecina la señora Musgrave, por miss Dawkins y por vuestros primos. Tendremos al tío Cobs, el musiquillo, y nos divertiremos como colegiales. Es asunto de media hora. Entre tanto, el señor Franck me hará compañía para beber á vuestra salud.

— Gracias, mi digno amigo; — contestó miss Vernon. — Dado el sesgo que han tomado las cosas, es necesario que regresemos al castillo, donde nada se sabe de nuestra escapatoria, para sacar á nuestro tío de toda inquietud respecto á mi primo, á quien quiere como á uno de sus propios hijos.

— Lo creo sin dificultad. Después del triste fin de Arquibaldo, su hijo mayor, con motivo del desgraciado proceso de sir John Fenwick, el viejo Hildebrando le llamaba tan á menudo como á cualquiera de sus seis restantes vástagos. «¿Qué le vamos á hacer? — decía. — Nunca recuerdo cuál de ellos ha sido el ahorcado.» Apresuráos, pues, á calmar sus paternas inquietudes, ya que debéis dejarme. Pero, escuchad un poco, flor de los bosques: — insinuó á miss Vernon en tono jovial y tomándole una mano; — otra vez dejad á la justicia seguir su curso, sin meter vuestros lindos dedos en sus antiguos y trasnochados guisos, saturados de francés bárbaro ó de latin de cocina. Diana bella, dejad á los jóvenes guiarse por sí solos á través de las montañas, temerosa de extraviaros en vuestro camino al enseñar el suyo á los demás, lindo fuego fátuo!

Después de esta advertencia y de saludar á miss Vernon, que se retiró, propinóme también una amistosa reprimenda.

— Tienes aires de excelente muchacho, amigo Frank; — me dijo; — conservo buen recuerdo de tu padre, mi compañero de escuela. A tu vez, atiende, hijo mío. No viajes de noche demasiado tarde, y basta de jugarretas con aquellos que halles al paso. Ya ves que todos los emisarios del rey no están obligados á entender en bromas, y que no se juega con los

asuntos criminales. Mira, mira á la pobre Diana : sola y hasta cierto punto abandonada en este vasto mundo , corre , se escapa y gobierna á su antojo. Es preciso vigilarla , poner mucho cuidado en ella ó ¡ pardiéz ! no me faltará un buen resabio de juventud para batirme contigo : lo cual confieso que me contrariaría en gran manera. Y ahora , ¡ feliz viaje , muchachos ! Partid juntos y dejad al viejo juez con su pipa y sus reflexiones. Como dice la canción :

*Del tabaco la boja extranjera
Se consume en ligero vapor.
Tal el hombre : robusto algun dia ,
Ya se extingue su tiempo mejor.
¿ Qué es de él luego ? Montón de ceniza.
Meditarlo podrás , fumador.*

Gocé mucho con los rasgos de buen discurso y con las sentimentales efusiones que se escaparon al juez , á través de los vapores de la indolencia y de un indulgente egoísmo. Asegúrele que aprovecharía sus consejos , y despedime con toda cordialidad , del excelente magistrado y de su hospitalaria mansión.

Se nos había preparado una ligera comida. Después de probarla deprisa , encontramos en la cuadra á un criado de sir Hildebrando , á quien Rashleigh había dado orden de acompañarnos hasta el castillo.

Caminamos algún tiempo en silencio. Por mi parte , sentíame el alma tan fatigada con los incidentes de la mañana , que no pensé en romper aquél. Por fin , miss Vernon exclamó , cual si prosiguiera en alta voz el curso de sus reflexiones :

— ¡ Qué hombre ese Rashleigh ! Excita el temor , la admiración , todos los sentimientos... menos el de la amistad. Obra á su antojo y convierte á cuantos le rodean en titeres suyos. Siempre tiene alguno entre manos para los papeles que imagina , y su espíritu sagaz y fecundo le suministra , sin cesar , nuevos recursos.

— Según vos , — dije , contestando más bien á lo que pen-

saba ella que á sus palabras , — ese señor Campbell , cuya llegada ha sido tan oportuna y que se ha llevado á mi acusador como se lleva un halcón á una perdiz , ¿ es un instrumento de Rashleigh ?

— Es probable , y dudo mucho de que hubiera comparecido tan á tiempo , si no hubiese visto yo á Rashleigh en casa del juez.

— Pues á vos es á quien debo las gracias , ¡ mi bella libertadora !

— ¡ Oh ! claro está que me las debéis ; mas suponedlas dadas y recibidas , por mi parte , con graciosa sonrisa. Dispensadme del trabajo de oirlas-en regla , porque más deseos siento de bostezar , que de observar las conveniencias debidas. Nada , señor Franck : que deseaba seros útil , y que he tenido la dicha de conseguirlo. En cambio , concededme una gracia : la de no hablar más de ello. Pero... ¿ quién se acerca á nosotros « *ensangrentada la espuela , é inflamado el rostro ?* » ¿ No es el agente de la ley , el señor Jobson en persona ?

Era , en efecto , José Jobson , corriendo á galope tendido y , conforme se vió luego , presa de un humor de todos los diablos. Dirigióse hacia nosotros y paró su caballo , cuando íbamos á pasar saludándole á la ligera.

— ¡ Muy bien , caballero !... ¡ Muy bien , señora ! — dijo. — Si : adivino lo que pasa. Se ha recibido la fianza no estando yo allá. Y ¿ quién ha autorizado el acto ? ¡ Me gustaría saberlo ! Si Su Honor adopta la costumbre de proceder de tal modo , le aconsejo que se busque otro escribano y... en paz. Mi dimisión está pronta.

— ¡ Bah ! ¿ No sería mejor , señor Jobson , que tuviera su escribano actual pegado á sus faldones ? — contestó Diana. — Y... ¿ qué tal está el colono Rutledge ? ¿ Le habéis encontrado en disposición de dictar , firmar y cerrar su testamento ?

Semejante pregunta contribuyó á redoblar la cólera del hombre de ley. Lanzó sobre mi compañera tal mirada de desdeñosa picardía , que sentí una violenta comezón de aplicarle algunos latigazos ; pero me contuve , calculando que el caso no valía la pena.